

# Eva Flores

La gran novela del agua la escribió Nabokov -*Ada o el ardor*- y la mejor exposición fotográfica del reflejo (el reflejo del agua, que es la impronta de la caverna en Platón) están en el Museo Municipal, lo es de Eva Flores y lleva por título *Camino del alma*. Fue una casualidad y una felicidad que Eva tuviera la deferencia en explicarme el cómo y el porqué de tan bellísima fotografía -me acompañó, pausadamente, por su acuática revelada y fotográfica- a una hora tardía y me iniciase en su artístico descubrimiento colombino: del almirante, más agua, más agua.- El agua. Fernand Braudel dejó escritura musical sobre el agua. Los chinos -escribe- no sólo atribuyen al agua virtudes diferentes según su origen: agua de lluvia corriente, agua de lluvia de tormenta (peligrosa), agua procedente del deshielo del granizo, agua recogida en las cavernas con estalactitas (suprema medicina), agua de río, de manantial. En China no se beben más que bebidas calientes y esta

costumbre (hay vendedores de agua hirviendo en las calles) parece procurar la longevidad. Eva Flores ha jugado con el bifronte plano. Su fotografía no tiene ardid y, sin embargo, cada fotografía parece conllevar su espejo (su otro lado del espejo) y la alegoría platónica: el mundo que el esclavo pensó que sólo en la sombra se encendía, cuando el mundo real estaba más allá de la cueva y en otras luces, vivísimas, tal que la exposición de Eva. Antes de que un rayo de luz transportara a Dante y

a Beatriz al Paraíso, el agua del río Leteo borró los malos recuerdos. Siempre el agua purifica -como el fuego.- Pero el agua nunca es para siempre tranquila o remansada o en torbellino, quizá por eso tenga el agua su propio camino que, como todo camino, siempre es ya del alma. Fue un momento en hora tardía, cuando se repara poco en lo que exponen los otros, y de las obras expuestas me quedé con *Luz de agosto* o *Las maravillas del bosque*. Aproveché, luego, para comer con Miguel Ángel Gallardo, para

despachar asuntos pendientes y futuros (bien mirados lo son también -los asuntos futuros- por siempre pendientes hasta su realización) y terminamos hablando de la exposición de Eva Flores. Yo, de natural descreído, coincidí con Gallardo en que la muestra tenía empaque -no es una reunión al acaso de la fotografía- y que merecía la pena mirarla del derecho y del revés, buscarle aristas para procurar la esfera, en un puñado de agua. Henry Cavendish descubrió en 1781 que el agua es una sustancia

””

*Su fotografía no tiene ardid y, sin embargo, cada fotografía parece conllevar su espejo*



que está compuesta y que no es un elemento, como en la antigüedad se creía, pero yo sigo creyendo en el agua como elemento constitutivo de nuestra mejor tradición artística y de nuestra tradición judeocristina. El Apocalipsis pone en boca del que está sentado en el trono: «al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida gratis», agua de la Jerusalén futura. El agua es, quizá impropriamente, el solvente universal. En la fotografía de Eva Flores todo parece disolverse en un momento y quedar restado en una pincela impresionista. Asombra lo difícil de la fotografía, pero el asombro no debe olvidar que hablamos de arte, y el arte, como el agua, lo puede ser del río Aqueronte y hasta el propio afluyente subterráneo del Leteo, que baña al ángel de las tres caras, como esa fotografía terrible y polaca de *Gigantes y cabezudos bajo un cielo de agua*. Gran exposición de fotografía por su rareza y categoría que fluye hasta el 27 de mayo. En el antiguo Ayuntamiento.